23 julio 1962

A UNA MADRE FRANCESA

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

HABLABA en la playa, en un toldo vecino al nuestro. Era una señora de noble apariencia. Tenía una voz bellísima. La voz de las mujeres de Francia es uno de los grandes tesoros de esa tierra tan abundante en ellos. Vale tanto su timbre como la generosidad de sus caldos o la frondosidad de sus bosques, como las grandes corrientes de agua que la fertilizan. Me llamó la atención. No hubiese sido correcto que la contestase. Este artículo es, de hecho, mi respuesta.

Quizá, respetada señora, le habría dicho, no pase en todo el verano, y, desde luego, no ha pasado desde hace mucho, nada tan importante como eso que ha tenido por escenario los bosques de Champagne, por protagonistas a los dos jefes de Estado francés y alemán y por actores a unos millares de soldados de ambos países, y que tan profundamente subvierte sentimientos. Nada tampoco tan hondo ni tan dramático, ni de tan gran alcance, es previsible que acontezca en mucho tiempo, ya que éste se toma siempre reposo y antes de dar lugar a que fragüe un episodio decisivo deja transcurrir un lapso de meses o de años.

Con el desfile de Mourmelón culmina el largo proceso iniciado en 1945, cuando sonaron los últimos cañonazos de la guerra y que, lentamente, después de múltiples titubeos y aun de retrocesos y, sobre todo, de estancamientos, ha producido ese fruto maduro de la reconciliación.

Respetada señora: Usted que tan laceradamente reacciona, no tiene por qué sentir amargura alguna ante ese desfile ni pensar que la inmolación de sus hijos ha sido inútil y que su nombre se deshonra o se burla. Muy al contrario. Usted tiene que persuadirse de que en ese día de julio el polvo enamorado de tantos héroes ha encontrado la razón suprema que lo justifica y lo sublima. Porque, en fin de cuentas, ¿cuál fué el impulso que les llevó a la muerte, sino la salud de su patria? Combatieron para defender su país, agredido, invadido, deshecho; para evitar que se repitiera ese sangriento asalto... Y lo que acaba de sellarse en Mourmelón es justamente la imposibilidad de que se repita.

No era menester ser muy sagaces para sospechar que la guerra de Alemania y Francia sería la última que vería nuestra generación y las de quienes nos sigan. Un tufo de lucha civil, entre hermanos, tuvieron las batallas de mayo del 40, perceptible aún por los más apasionados partidarios de uno y otro bando. De entonces acá, el mundo, ya entonces no muy extenso y dilatado, se empequeñeció increíblemente. Europa tomó de pronto vuelo de patria grande, y siendo dos de sus miembros más significativos y poderosos, más henchidos de cultura, de historia y bienestar, Alemania y Francia, lógico es que quienes los rigen se diesen cuenta pronto de que la lucha entre ellos sería fratricida y que urgía prevenir el riesgo de que rebrotase.

Lo más esperanzador de ese pacto que los dos estadistas han coronado bella y brillantemente es comprobar el asentimiento con que la inmensa mayoría de los ciudadanos de ambos países lo han sancionado. No quiero decir, señora, que el íntimo desasosiego, la dolorida protesta que le muerde el alma, la singularice al extremo de hacer su reacción única y discordante. No; yo sé que hay muchos corazones en Francia y acaso también en Alemania que se rebelan contra esa alianza como si se tratase de un perjurio, de una deslealtad imperdonable. Pero yo sé que es de esos mismos espíritus de donde muy pronto vendrán los apoyos máximos para que la tarea iniciada se afiance y desenvuelva.

De ahí que la ceremonia de Champagne esté llamada a tener una resonancia sin límites. Véase, por de pronto, quiénes son los que la censuran. Jules Romains, hace pocas semanas, daba a entender cómo el regulador de su conducta, en aquellos casos en los que no se atrevía a formar criterio sobre determinados acontecimientos oscuros o equívocos, consistía en reaccionar siempre de modo opuesto al comunista. El comunismo francés, especulando con el patriotismo y las heridas todavía abiertas, ha clamado, rasgándose las vestiduras, contra esos esponsales que consagran un desfile militar. Sabe que en el fondo quienes tienen motivos de alarma son los países que, al otro lado del telón de acero, sueñan con imponer su hegemonía ideológica a quienes buscan y encuentran su felicidad, precaria por humana pero positiva, en el respeto de unas normas de libertad y de respeto al individuo que ellos profanan. Sí; la alianza francoalemana es—ante la hipótesis de un conflicto armado, que ojalá el cielo nos lo evite—una baza de una importancia capital, y quienes no dudarían en desatarlo si lo juzgaran fácil de ganar se tentarán la ropa antes de prender su fulminante.

Vea, pues, señora, cómo de la inmolación de sus hijos perciben réditos no ya sus hermanos de lengua y sangre, sino otros cuyas ligaduras son más tenues, pero que se sienten movidos a gratitud y a respeto hacia su memoria. Porque es indudable que sólo después de las atroces páginas del 14 y del 39 puede considerarse el pacto de hoy cimentado y firme.

La sangre es una semilla terrible y costosísima, pero fecunda, y merced a ella Francia y Alemania comprenden hogaño lo absurdo y monstruoso de sus pasados duelos y valúan en más las razones que les empujan a la concordia que las que pudieran llevarles de nuevo a las trincheras.

Cierto que los tanques y las unidades motorizadas que rindieron honores simultáneamente a De Gaulle y Adenauer rodaban sobre las osamentas de centenares de miles de muertos, y entre ellos, señora, los suyos, que aún le llenan, si no los ojos de lágrimas sí el corazón de cólera. ¡Pobres muertos! A unos y otros se les había dicho que Dios—el mismo Dios perdonador y misericordioso—estaba con ellos. A unos y a otros se les había predicado el aniquilamiento del adversario y su expulsión del concierto de los pueblos como razón de su sacrificio. Era imposible. Ni aun las promesas de los vencedores fueron mantenidas: iban contra la biología y contra la historia. Es más fácil, en cambio, que se realicen éstas, tan distintas, concertadas por dos hombres de buena voluntad que han resuelto abrirse un camino común ante el futuro y seguirlo imperturbablemente.

Acaso los acompañantes de la noble dama le dijeron algo parecido. Ella se quedó silenciosa y pensativa.